

Para fortalecer una sociedad se necesitan instituciones fuertes. En el caso concreto de la Universidad, esto implica recomponer el salario y disponer de recursos. Pero sólo eso no alcanza. Este texto plantea un requisito indispensable para fortalecerse: trabajar sobre sí mismo. En este sentido, se centra en los ejes tradicionales: docencia, investigación y extensión, y reflexiona acerca de la función educativa, la construcción de conocimiento y la proyección social como instancia básica.

LA UNIVERSIDAD EN TIEMPOS DE DISOLUCIÓN SOCIAL

En las décadas del 60 y del 70 nos marcó con fuerza el cuestionamiento al poder ejercido dentro de las instituciones y desde ellas. Eran los tiempos de los “aparatos ideológicos del estado”, de la “sociedad desescolarizada”, del enfrentamiento a viejas estructuras empecinadas en decidir sobre nuestras existencias y nuestras libertades. Tiempos de exigencias de democratización, de transformaciones tan radicales que terminarían incluso por significar la eliminación de algunas de las instituciones de larga permanencia social.

Los regímenes represivos de los 70 protagonizaron una terrible agresión a las instituciones, con el argumento de sostenerlas, purificadas de toda contradicción. “Por favor, no nos liberen” ha escrito Mario Benedetti para referirse a las invasiones sufridas por no pocos países, con el argumento de protegerlos de los demonios. De aquellas defensas salimos todos lastimados y todavía andamos curando nuestras heridas, como ciudadanos, como intelectuales y como instituciones educativas.

Los 90 se abrieron con un proceso caracterizado por la *desinstitucionalización*. El término merece precisiones: se desinstitucionaliza por eliminación o por debilitamiento. Supongamos una fábrica: se la cierra, no hay dónde ir a trabajar. O se la mantiene, pero luego de despidos, con una espada apuntando a la nuca de cada empleado, porque se sabe que afuera hay cientos de desocupados aguardando. Supongamos los ferrocarriles, supongamos YPF...

Eliminación o debilitamiento, nada más terrible que haber tenido instituciones fuertes, vivas y haber sufrido el vértigo de su deterioro. Del estado benefactor al estado ausente, de un sistema educativo modelo para América Latina durante décadas¹, a un empobrecimiento de los educadores y de los educandos.

Nada peor que seres humanos literalmente desinstitucionalizados, por retirada de las instituciones que nos sostuvieron, por ausencia de ellas. Desinstitucionalizados son quienes no tienen apoyo ni adónde ir. Exclusión entonces, precarios sostenes en lo que va quedando de lazos sociales, desentendimiento desde los responsables de los dineros y las políticas de un país.

Y todas las perversiones terminológicas: cambiar, por ejemplo, la palabra desarrollo por crecimiento. La economía crece, la población se subdesarrolla.

Necesitamos instituciones fuertes, como espacios válidos para sostener nuestra dignidad de ciudadanos y de seres humanos; como espacios dignos a los cuales ir a encontrarnos, a interactuar, a construirnos y construir juntos, a desarrollarnos como sujetos individuales y sociales. Las tendencias desinstitucionalizadoras apuntan a destruir lo más humano de nuestra especie: la socialidad. A mayor abandono, a mayor precariedad laboral, a mayor violencia pública, mayor estrechamiento de los espacios de socialización.

Nuestra institución

La universidad es la institución educativa más antigua de la historia de Occidente. La escuela pública, tal como la conocemos, nació muchos siglos más tarde de aquellas organizaciones medievales dedicadas a la conservación de la cultura y a la creación de conocimientos, con antecedentes en el período alejandrino y aún antes, en el centro de estudios de Nalanda². En nuestra América la más antigua es la de República Dominicana, 1538. La Argentina tuvo su primera universidad, la de Buenos Aires, muchos años más tarde, 1821, pero el desarrollo pleno de la misma comenzó después en los años 60 de ese siglo³.

Llevamos 150 años de historia universitaria y en la actualidad se cuentan alrededor de 100 establecimientos de este tipo, entre públicos, privados e institutos universitarios⁴.

Si vemos ese desarrollo desde las cifras, la universidad sigue siendo algo por demás minoritario en el conjunto del país: 120.000 docentes en las nacionales, 1.600.000 estudiantes, no alcanzan a cubrir ni el 5% de la población total del país. Lo cual se complica más si se revisa la relación ingreso egreso: de cada cien obtienen su título alrededor de 20 estudiantes. Es preciso invertir la lectura: 80 personas cada 100 no concretarán sus estudios. Proyectado a esto a 1.600.000 la cifra es enorme, a la luz de expectativas y sueños frustrados y de lo que puede sostener nuestra empobrecida economía. Cada año el sistema universitario expulsa a 200.000 estudiantes.

Mucho se ha escrito y se ha polemizado en torno a la universidad profesionalizante, esto es, a aquélla dedicada de modo primordial a formar profesionales, con un descuido importante de sus funciones de construcción de conocimientos y de proyección de los mismos a la sociedad. Un restringido enfoque profesionalizante que deja en el camino a miles y miles de seres. Y si añadimos a semejante panorama la depreciación de los títulos, la desocupación de profesionales o el subempleo y el trabajo en negro, no quedan muchos ánimos para percibir con esperanzas a nuestra institución.

Agreguemos, para insistir en esa mirada, los sueldos congelados desde comienzos de la década pasada, los tironeos anuales para salvar el presupuesto de las universidades nacionales, lo que significa para jóvenes en creciente empobrecimiento el pago de cuotas, el abandono de estudios de postgrado o la no conclusión en la tesis por parte de cientos y cientos de profesionales, la mínima inversión en materiales de estudio (bibliotecas que por años no compran libros...), la presencia cada vez más agresiva y perfeccionada en recursos de aprendizaje de la oferta a distancia, con el consiguiente debilitamiento de las fronteras nacionales y provinciales⁵, la mínima coordinación entre los establecimientos, la sobreoferta de carreras en algunos puntos del país, la pobre comunicación interna y externa...

Defensa de la institución

Nada de lo dicho significa desconocer el trabajo cotidiano de miles de profesionales, el capital humano presente en nuestros establecimientos, el esfuerzo constante de aprendizaje por parte de educadores y estudiantes. Ninguna pretensión con estas páginas de restarle valor a la universidad para alimentar más aún las fauces de las tendencias desinstitucionalizadoras.

No podemos imaginar una sociedad sin los estudios superiores, pero necesitamos instituciones fuertes en lo que saben hacer y en lo que la sociedad espera de ellas. No hay camino posible sin una recomposición salarial y sin recursos suficientes para el digno cumplimiento de las funciones básicas. Eso está claro, pero no es suficiente. No todos nuestros problemas nos vienen de afuera. Hacernos fuertes significa, de manera fundamental, trabajar sobre nosotros mismos.

Nos detendremos en los tradicionales ejes, docencia, investigación y extensión, para reflexionar en torno a esto último. Hablaremos de la función educativa, de la función de construcción de conocimientos y de la función de proyección a la sociedad e involucramiento en ésta.

Función educativa

La mirada pedagógica en la universidad argentina está todavía a medio construir.

Llamo mirada pedagógica a la capacidad de percibir a los demás como seres de aprendizaje y desarrollo, en cualquier edad y situación social que sea; dicha mirada percibe a la totalidad de la cultura como un infinito tesoro de recursos para promover y acompañar el aprendizaje y el desarrollo; no hay mirada pedagógica posible sin mirarme a mí mismo, en tanto educador o educadora, como un ser de aprendizaje y desarrollo; la construcción de la mirada pedagógica dura tanto como

la vida de un educador o de una educadora, y más que ella, porque generaciones de seres comprometidos con esta tarea vamos construyendo el vasto y siempre inconcluso territorio de la pedagogía universitaria⁶.

Todo esto está a medio construir en la universidad argentina. Si digo “a medio”, es porque en los últimos años se ha hecho un gran esfuerzo en esa dirección, por ejemplo con el surgimiento de ofertas en formación en docencia universitaria⁷; pero era tal la carencia que aún queda un muy largo camino por delante para concretar el ideal de instituciones con todos sus educadores capacitados precisamente para educar.

Ser fuerte en el plano educativo significa un compromiso con toda la educación de una sociedad. Me refiero a las otras instancias del sistema formal y a la educación permanente. Recuerdo, allá por los 60, a poco de haberme recibido en la Facultad de Filosofía y Letras: ofrecí un curso de análisis de mensajes para maestros de escuelas primarias. Un colega vino a preguntarme por qué me dispersaba trabajando en niveles tan iniciales, cuando había tanto que hacer en el campo del conocimiento y de la búsqueda de la verdad.

Esas separaciones, esos estereotipos, no resisten el menor análisis. Cuando se habla del sistema educativo de un país, se alude a la totalidad de los esfuerzos en dirección a la enseñanza y el aprendizaje y no a feudos intelectuales desde los cuales se mira en menos a los demás. Muchos cambios han sido vividos desde entonces y hoy es clara la conciencia de la necesidad de proyectar la acción a todo el sistema. Pero hay una labor de construcción de conocimientos sobre lo educativo que debería encararse de modo permanente, como una tarea de proyección a la totalidad de la comunidad de enseñanza y aprendizaje del país. En los catálogos de investigaciones impulsadas por las universidades se aprecia una clara minoría: los proyectos dirigidos a otros ciclos del sistema, dentro de la también mínima atención prestada a la investigación educativa en general.

La educación permanente alude a que cada ser humano tiene la posibilidad y el derecho a aprender a lo largo de toda su existencia. Pero tal derecho se concreta si se ofrecen alternativas para ejercerlo. La educación permanente se practica mediante la oferta de actualización a los egresados insertos en el mundo profesional y con una propuesta de cursos, documentales y otros materiales educativos, abierta a todos los que necesitan conocimientos para su vida cotidiana, para sus oficios, para encontrar alternativas ante la oleada de desocupación.

Es muy difícil cubrir todo ese abanico de tareas que nos corresponde encarar como universitarios, sin una mirada pedagógica capaz de abarcar a la sociedad toda.

Función de construcción de conocimientos

Señalamos que la tarea de formar profesionales no alcanza. La construcción de conocimientos tiene todo el sentido para apoyar a distintos sectores de la sociedad y para impulsar la consolidación de un país. Y, además, tiene el valor de servir para alimentar el propio acto educativo. No es lo mismo aprender con educadores transmisores de las ideas y hallazgos de otros, que hacerlo con quienes se lanzan a la aventura del conocimiento. Pasos muy importantes se han dado en dos frentes: el programa de incentivos a la investigación⁸, que con problemas se ha mantenido hasta el presente, y el impulso a los estudios de postgrado.

La cuestión aquí está en lo que una universidad puede mostrar de sí misma: ¿carreras?, ¿seducciones para ocupar un lugar en el mercado?, ¿posición de los egresados en puestos importantes de trabajo? O además, un trabajo sostenido de creación de conocimientos, equipos disciplinarios e interdisciplinarios, resultados valiosos para la propia institución y para la sociedad.

Preocupa en este sentido la producción intelectual de los educadores. A menudo en instituciones donde éstos se cuentan por cientos, son pocos quienes se arriesgan a producir, publicar o comunicar su propia obra. Necesitamos, los educadores, completarnos como intelectuales y ello significa la creación constante.

Un centro educativo es más fuerte cuando puede exhibir la creación de su personal, cuando enseña desde lo producido en el mundo y lo producido por sí mismo.

Función de proyección a la sociedad

E involucramiento en ésta, afirmamos anteriormente. Eso no se logra de un día para otro. La universidad, es sabido, produce mucho más de lo que comunica. Antes de las inundaciones recientes en Santa Fe, la Universidad del Litoral había anunciado al Estado el peligro representado por el río Salado, pero los funcionarios no reaccionaron y la institución no insistió de manera suficiente. Uno de los argumentos fue: nosotros no somos un centro de alarma de la población. Añado a esto, porque no me interesa disparar sin más una crítica, que el papel de esa casa de estudios en apoyo a la población después de la catástrofe ha sido importantísimo, un verdadero ejemplo de lo que se puede y se debe hacer en nuestra castigada tierra.

Para construir la ciencia hace falta el diálogo entre los científicos, pero si éste se queda intramuros o si lo que sale al exterior termina encerrado en los muros de otra organización, poco y nada podemos esperar de esa proyección a la sociedad.

Es preciso aspirar en todo momento a convertirse en un referente de distintos sectores de la sociedad. Para ello se requiere un esfuerzo constante de presencia

en el propio medio. Constituirse en un punto de referencia, es tarea de años y ello no es trabajo que pueda realizarse sólo por el hecho de enviar egresados a la sociedad. Cuando una universidad se convierte en un punto de referencia, es más probable que distintos sectores de la población estén dispuestos a apoyarla e incluso a defenderla.

En este esfuerzo de comunicación entra la relación con otras instituciones. La expresión de Martí: "Cree el aldeano vanidoso que su aldea es el mundo", bien puede valer para una universidad; nada peor que confundir la aldea institucional con el mundo. Es imposible permanecer hoy en los límites más inmediatos, porque presionan, en el mejor sentido del término, redes nacionales e internacionales, porque el pensamiento y la educación avanzan de manera cooperativa, porque existe internet y no hay modo de desentenderse de esa maravillosa corriente de saberes puesta a circular a escala planetaria. Valen aquí argumentos anteriores: ¿qué podrá ofrecer al concierto, a la polifonía universitaria nacional y planetaria, quien no ha producido obra propia, quien utiliza su voz sólo para repetir otras voces?

Entre el poder y las funciones básicas

Las universidades han sido durante siglos portadoras y gestoras de discursos utópicos. Cuando hablamos de instituciones fuertes para esta coyuntura en el país, lo hacemos también desde esa apuesta por el futuro. Pero corresponde preguntarnos por viejas y muy presentes formas de ejercicio del poder en nuestros establecimientos. Digo *en* nuestros establecimientos. Conocemos de sobra el poder practicado sobre ellos, como por ejemplo el estrangulamiento presupuestario, la intervención lisa y llana, la politización partidaria, la ausencia de consultas para tomas de decisiones que comprometen el futuro de un país...

Los juegos de poder se producen en toda la estructura de nuestras casas de estudios: dentro de las cátedras (esquema organizativo por demás viejo para afrontar las actuales demandas sociales), dentro de las carreras, entre carreras, entre disciplinas, entre facultades. No tengo ninguna intención de hablar de una guerra de todos contra todos, por el contrario, nuestros espacios son ricos en cooperación, solidaridad, interaprendizaje. Pero hay situaciones en las cuales la contienda está presente, en lo micro cuando en una cátedra se dificulta el crecimiento intelectual de la mayoría de sus integrantes, o en lo general, cuando un grupo tiende a quedarse en el poder o cuando aparecen ciencias de primera y de segunda a la hora de repartir los escasos recursos. Y a menudo esas contiendas tienden a restar fuerzas al cumplimiento de las funciones básicas. Nada más triste que un enclaustramiento de los claustros.

Si la universidad representa un necesario y valiosísimo espacio de socialización, ¿qué podrán socializar profesionales condenados a pasar por las aulas a la

carrera, urgidos por otros compromisos para sobrevivir? También se ejerce poder, del peor, en la fragmentación por horas, cargos y cátedras.

No sólo de docentes se trata. No se es libre de crecer como estudiante cuando se carece de oportunidades para elegir, para armar los propios caminos curriculares frente a carreras de itinerarios rígidos y con una mínima o nula comunicación entre ellas.

La universidad encierra un tesoro

Vivimos un momento único en la historia de la humanidad, anclado en las ideologías de la violencia y de la muerte. Estamos en guerra a escala planetaria, si alguien duda de eso que mire lo que le viene sucediendo en su vida cotidiana y lo que le ocurre a países enteros. Guerra por las armas y por destrucción de las viejas y queridas seguridades. Es ése nuestro presente, nos guste o no.

A la vez vivimos un momento único por la creación de conocimientos y la generalización de los flujos de información a escala planetaria. Comenzamos a percibir esto con toda claridad a comienzos de los 90. Sonaban a nuestras puertas fuertes golpes de quienes venían a pedirnos cuentas: desde organismos internacionales ligados a la banca, hasta organizaciones sociales que clamaban, y claman, por apoyo para defenderse de los procesos de pauperización. En 1998 se celebró en París el encuentro internacional de educación superior, por iniciativa de la UNESCO. No hemos todavía asimilado lo tratado en ese foro al que concurrieron instituciones de todos los continentes, en muchos casos ni siquiera lo hemos hecho objeto de reflexión.

En la encrucijada de la guerra, en las condiciones de vida actuales en el país, en el horizonte de la expansión y la comunicación de conocimientos y experiencias, resulta imposible insistir en la fragmentación, en el enclaustramiento, en la repetición de lo que otros dicen y escriben, en el desconocimiento pedagógico, en la propiedad privada de parcelas de conocimiento, en una pobrísima comunicación interna y externa, en una escasa producción intelectual, en docentes con energías desperdigadas en veinte frentes de trabajo, en viejas cátedras y en programas de estudios rígidos.

Ni una sola de esas líneas se sostiene en la actualidad como algo imposible de remontar. Las búsquedas de alternativas son una realidad en buena parte de nuestros establecimientos, porque la capacidad de resistir y de proyectar de nuestros educadores está intacta, a pesar de tantas presiones ejercidas desde el contexto e incluso desde las mismas instituciones. El peso de la crisis se ha descargado sobre los trabajadores de la educación, pero ello no ha significado un abandono de la vocación por conocer, aprender y enseñar.

En tiempos de disolución social, la universidad como institución está llamada a sostener espacios de socialidad y de construcción de conocimientos, espacios de aprendizaje y de interaprendizaje. Con todos sus problemas, con todo lo que será necesario remontar, la presencia y la acción de nuestros establecimientos constituyen un sostén fundamental de nuestras sociedades.

Aún con las críticas que podamos hacer, la dignidad de la labor universitaria, el cumplimiento de sus funciones básicas, se ha sostenido a pesar de tantos embates dirigidos a la desinstitucionalización. En definitiva, en medio de carencias, del peso del viejo discurso universitario, lo que se ha defendido es la utopía del conocimiento y del aprendizaje, una utopía sin la cual la universidad carece de sentido.

Como cierre de estas reflexiones quiero parafrasear la obra de Jacques Delors, *La educación encierra un tesoro*, de la siguiente forma: *la universidad argentina encierra un tesoro: su propia gente*.

Daniel Prieto Castillo⁹

¹ Me he encontrado, en pueblos pequeños de Centroamérica, gente de mi edad que ha dicho: yo aprendí a leer con la revista Billiken.

² Pérez Lindo, Augusto. "Historicidad y futuro de la educación superior", en *El aprendizaje en la universidad*, Mendoza, Facultad de Filosofía y Letras, UNC, 2003.

³ Pérez Lindo, citado.

⁴ Tenemos en la actualidad 36 universidades nacionales, 42 privadas y 15 institutos universitarios.

⁵ Las transformaciones en el campo de la educación a distancia han sido vertiginosas, tanto en el campo tecnológico como en la pedagogía aplicada a esa modalidad.

⁶ Venimos insistiendo en este tema desde mediados de la década del 80, véase el libro que escribimos en colaboración con Francisco Gutiérrez Pérez: *La mediación pedagógica, apuntes para una educación a distancia alternativa*.

⁷ De nuestro postgrado en Docencia Universitaria han egresado más de 900 colegas, la mayor parte de ellos de la provincia de Mendoza.

⁸ A este año hay 23.288 investigadores en las universidades nacionales y 1552 en las privadas.

⁹ Especialista en comunicación y educación, secretario académico de la Universidad Nacional de Cuyo, 1994 a 1997, director del Postgrado de Especialización en Docencia Universitaria, Facultad de Filosofía UNC, 1995 a la fecha, consultor internacional con experiencia en la mayor parte de los países latinoamericanos.